

Láscaris benemérito

Recientemente, la Asamblea Legislativa otorgó la distinción de Benemérito de la Patria al Dr. Constantino Láscaris Comneno, uno de los más ilustres maestros que han trabajado en la Universidad de Costa Rica, en bien de varias generaciones de estudiantes. Escribo estas sencillas líneas en memoria suya, como una felicitación a sus familiares y amigos, y como un reconocimiento a la Asamblea, que ha situado el nombre del doctor Láscaris junto al de los principales forjadores de nuestro carácter nacional. No supe de don Constantino hasta la primera conferencia de filosofía que nos ofreció a los estudiantes de Estudios Generales, allá por el inicio de los años sesentas. El auditorio se encontraba lleno y estalló en risas cuando vio una figura algo desgarbada que subía las escalinatas y se dirigía hacia el escritorio, situado en el centro del escenario. Pasados



**FERNANDO
LEAL ARIAS**

algunos segundos, estas risas se extinguieron, cuando comenzaron a escucharse las brillantes palabras de aquel hombre, extraordinariamente versado en el arte de la oratoria. Al terminar, los estudiantes aplaudieron generosamente a quien le había remontado al mundo de las ideas, y pasando por cima de los tiempos, hasta los inicios de la filosofía occidental.

Pasión por la filosofía griega. Traía en la sangre su pasión por la filosofía griega, en cuyo conocimiento su erudición fue reconocida internacionalmente. Como estaban a cargo suyo las conferencias del curso, durante todo el año lectivo tuvimos la oportunidad de escuchar sus palabras. Solía sentarse al borde del escritorio, a veces con un inextinguible cigarrillo entre los dedos. Han sido inolvidables sus lecciones sobre los filósofos presocráticos --Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Parménides, Heráclito, entre otros-- y luego sobre Sócrates, Platón, Aristóteles...

A menudo, se reunían en una mesa del desaparecido Café Guevara algunos de nuestros maestros: don Abelardo Bonilla, don Teodoro Olarte, don Roberto Saumels, don Constantino, y conversaban acerca de temas académicos y políticos, sucesos cotidianos y acontecimientos mundiales. Los estudiantes los acompañábamos, por lo general guardando un prudente silencio. Estas conversaciones eran a menudo jocosas y

▼ Su huella ha quedado impresa en el alma nacional

plenas de ironía, o bien adornadas con chispeantes salidas inesperadas, que nos deleitaban especialmente. Hablar a solas con ellos no resultaba tarea fácil, aunque algunos eran más accesibles y comprensivos. El Doctor Láscaris solía utilizar la pulla, como el tábano de Sócrates, para despertar el ánimo de aquellos bisonños estudiantes. En este sentido, don Teodoro Olarte, quien escondía un corazón de oro, era aplastante cuando se lo proponía. Fueron ellos dos grandes amigos, y, cuando murió don Teodoro, uno de los grandes pesares de su familia fue comunicar la triste noticia a su entrañable amigo.

Maestro y pescador. Los oyentes de la Radio Universitaria solían escuchar las conferencias y así pudieron oír las palabras de los directores de las cátedras, quienes eran los encargados de ofrecerlas. Los doctores Aguado, Láscaris, Viellard... Pero los costarricenses conocieron al doctor Láscaris de varias maneras: a través de sus breves comentarios por televisión, por sus escritos en la página 15 de *La Nación*; por sus libros, en los pasillos y las aulas universitarias, o cuando salía en su viejo automóvil Jaguar a conocer todo lo que pudo del territorio y el alma nacional. Una vez lo acompañé en uno de estos paseos a las playas de Dominical; cuando atravesábamos la neblina del Cerro de la Muerte y no se veía nada más allá de dos metros, don Constantino, quien debía manejar con un ojo, pues el estrabismo le dificultaba un poco la visión, me pidió que me asomara por la ventanilla y que le dijera a cuántos centímetros nos encontrábamos de la caída a los precipicios. Con todo, llegamos a salvo y él pudo echar el anzuelo en algunas pozas del río; yo caminaba a lo largo de la playa y observaba, de lejos, aquella figura inclinada pacientemente a la orilla del río, entregada a una de sus diversiones preferidas, pescar, pescar... mientras observaba el transcurso del devenir acuático y quizá planeaba uno de sus grandes logros: la fundación del doctorado académico en filosofía por parte de la Universidad de Costa Rica.

Liberal auténtico. Liberal en el buen sentido de la palabra, discutíamos a veces nuestras posturas ideológicas, pues yo me estudié las obras de Karl Marx por cuenta propia y, unos años después, conseguí ofrecer varios cursos

acerca de los temas de *El capital*. Por aquellos años --los setenta y pico-- nuestras relaciones se enfriaron, pero yo entendí finalmente el convencimiento de don Constantino, y este, a la vez, fue abriéndose cada vez más a los mejores aspectos del marxismo. Esto no es extraño, puesto que el doctor Láscaris admiraba sobremanera a Jean-Paul Sartre, quien siempre fue marxista y a la vez crítico de las situaciones reales por las que atravesaba el comunismo. De modo que reanudamos nuestra amistad muy sencillamente, a pesar de la experiencia que los resultados del Tercer Congreso Universitario, dominado por la izquierda y los compañeros de viaje, supuso para el doctor Láscaris y para mi excelente amigo, el doctor Roberto Murillo, además de la fundación de la Universidad Nacional --en parte obra de ambos--, que terminó, poco después, más inclinada a la izquierda que la Universidad de Costa Rica y muy cercana a la socialdemocracia. Recuerdo que una vez, estando yo muy enfermo, don Constantino acudió a visitarme a mi casa, actitud que sólo se cumplía en los casos de amistad real.

Murió cuando empezaba. En uno de mis cursos sobre la historia de la dialéctica, utilicé las excelentes traducciones del *Poema* de Parménides y del *Deo Abscondito* de Nicolás de Cusa, que don Constantino había publicado en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Quiero decir que Láscaris dominaba el griego y el latín --he revisado otras traducciones y sigo prefiriendo las suyas, junto con sus comentarios. Recuerdo que don Constantino gustaba de Voltaire y no guardaba buena impresión de Rousseau, preferencia que era motivo de discusiones entre los colegas. Es probable que su tenacidad en sostener su posición política, un liberalismo que, por ejemplo, lo llevaba a oponerse a la dinastía somocista y a simpatizar con la causa de la guerrilla salvadoreña, haya despertado la confianza entre nuestros ciudadanos, quienes han sido renuentes a las dictaduras de cualquier especie. Y, especialmente, cuando se escuchaba una palabra capaz de resumir en diez minutos asuntos trascendentales, tan cultivada, tan elocuente, con aquella ironía que se mostraba implacable, comprendemos por qué su huella ha quedado impresa en el espíritu nacional, de modo semejante al buen recuerdo de quien prefirió convivir entre los costarricenses, que regresar a España, su patria natal, sojuzgada por la tiranía franquista. Murió aproximadamente a los cincuenta y cinco años, en una edad en que, según Platón, los filósofos apenas han iniciado su principal tarea.